

Velibor Čolić

GUERRA Y LLUVIA

Traducción de Laura Salas Rodríguez

PERIFÉRICA



GUERRA Y LLUVIA

LARGO RECORRIDO, 221

Velibor Čolić
GUERRA Y LLUVIA

TRADUCCIÓN DE LAURA SALAS RODRÍGUEZ

EDITORIAL PERIFÉRICA

Los cansados a dormir, y los heridos, a morir.
THOMAS CAMPBELL, «The Soldier's Dream»

I

LA ENFERMEDAD

(Bruselas, 2021-2023)

pemphigus vulgaris: Un grupo de enfermedades dermatológicas raras, de origen autoinmune, caracterizadas por la formación de ampollas y úlceras, además de por una erosión de las mucosas que afecta principalmente a la zona bucal y a veces puede extenderse a la epidermis.

Miro por la ventana. El verano llega pronto. Estamos a finales de junio: la ciudad de Bruselas se ha librado de la niebla y del frío, y se ha tumbado al sol. La luz del día golpea la calle, vacía, con una fuerza loca, se rompe y rebota en centenares de pequeños fragmentos que van a morir a un parque vecino para transformarse en clorofila.

Esta luz es el alma de todo. Y seguro que los fragmentos son los angelitos de los que hablan los textos sagrados.

Verano. Y, sin embargo, nada es habitual. Desde hace más de un año, una enfermedad, un virus inquietante y desconocido para nosotros, la gente corriente, circula por todo el planeta. Nuestro capitalismo triunfante se ha detenido, asustado por algo que no puede controlar. Ya sabíamos que un solo Dios no basta para explicar este mundo: ahora descubrimos que la ciencia tampoco. De repente hemos perdido nuestro ilusorio control sobre la vida y la muerte. El virus, maestro maléfico, nos mata uno a uno.

Lo calificamos de *injusticia*, pero al virus le importa un pimiento.

Una colección de pequeñas muertes. Nada espectacular, ni cometa ni tsunami, ni incendio ni bomba atómica. El fin del mundo no es sino el cese del proceso químico que, al

transformar el oxígeno en energía, provoca la muerte. Es así de simple.

Todos mueren, tanto ricos como pobres. Una vida es una vida. Un americano vale tanto como un africano; un refugiado, tanto como un suizo.

Estoy ante la ventana. La ciudad está tranquila. El mundo entero está en silencio. La gente empieza a conocer el rostro de la muerte: un microorganismo que lucha por su propia supervivencia.

Pero yo estoy en otra historia; a mí me da igual el virus. Estoy sereno, aunque en mi piel arden mil fuegos. Noto incesantes dolores en la boca. Es como si masticara cuchillas. Cualquier contacto con la comida o el agua me provoca una erupción de dolor agudo. Estoy enfermo de otra manera. En una época en la que todo el mundo padece o padecerá la misma enfermedad, soy especial y exclusivo. Exótico, con mi enfermedad inexplicable.

Sangro. Estoy más flaco que Alberto Giacometti. No queda casi nada de mi yo de antes. Quizá la nariz, probablemente los ojos y ya está. Existo a través de mi dolor. Un millón de velitas arden a través de mi piel. Me imagino que cada uno de esos puntos luminosos tiene su alma, su vida. Que esos dolorosos granos forman una constelación en la que se puede ver y comprender todo el universo: el sol y las estrellas, las lunas menguantes y los planetas fértiles.

Soy una sombra transparente. Soy un aliento débil y moribundo en mis labios. Caminar se ha convertido en un problema. No levanto los pies. Espero a que el suelo se acerque a mis zapatos. Me falta resuello. Miles de cuchillas me atraviesan la lengua. Soy un glóbulo blanco, soy una larga fórmula médica; ya no soy un hombre: soy un diagnóstico.

Pemphigus vulgaris.

Estudio mis dolores: inflamación, lengua hinchada, aftas. Lágrimas densas que me irritan los ojos. Ampollas que se transforman en granos. Y granos que se transforman en heridas. Intento reducirlo todo a la abstracción. Como si todo eso le pasara a otra persona. Sin éxito, por supuesto.

El dolor no tiene pensamiento: el dolor es un cuerpo definido formalmente, sin el menor rastro de espíritu.

Fuera es verano y el aire caliente es mi enemigo. En realidad, tengo muchos enemigos: el sudor, el agua, la almohada, la cama... Siento que estoy ardiendo. La ropa me hace daño; la cama, también. En la boca se me abren heridas blancas; bajo la lengua noto enigmáticas quemaduras que me impiden comer, beber e incluso hablar. Estoy débil y reseco como un nenúfar arrancado. Tengo la cabeza dolorida y vacía, y un único pensamiento penetra a través del velo de la enfermedad: curarme, detener el dolor, curarme.

Un cuerpo sano siente deseo. El cuerpo enfermo, no.

La idea de enfermedad es abstracta.

Pero la enfermedad en sí misma, no.

Es una derrota concreta y formal del cuerpo.

Irrevocable.

Hace meses que visito a médicos: otorrinos, médicos de cabecera, dermatólogos, dentistas, reumatólogos... La mayor parte de ellos no sabe qué enfermedad padezco. Algunos dudan.

Pero todos ellos parecen saber que no saben nada.

Ahí está el progreso de la medicina.

Me he convertido en el sabio, en el maestro zen de todas las salas de espera. Dentro de mí hay fuego y temor, pero me paso el tiempo tranquilamente sentado, esperando mi turno. A veces leo; normalmente juego en el móvil. Escribo correos electrónicos. Respiro. Sudo. Hablo con otros pacientes.

–Tengo una enfermedad tan rara –les digo– que acabará llevando mi nombre.

Los enfermos más inteligentes e instruidos se ríen con eso. Los estúpidos y los analfabetos, no. No merece la pena explicárselo. No hay remedio posible para ellos: está matemáticamente demostrado. La suma de cero y un número negativo da un número negativo; la de cero y un número positivo da un número positivo; la suma de cero y cero es cero.

La enfermedad es como tirar un guijarro al agua. Se forman círculos concéntricos de soledad. Verdaderas esferas de miedo, superstición e incomprensión. Sobre todo, si la enfermedad es visible.

Mi sufrimiento se manifiesta en la piel. Tengo decenas de heridas en la cara y el torso. Cada una de ellas recuerda a una pequeña boca abierta. Como si un Munch maléfico hubiera dibujado racimos enteros de su *Grito* sobre mi inflamada epidermis. Cualquier contacto provoca sangrados. A veces creo que me estoy transformando en mariposa. No se puede tocar el polvo de mis alas. El tacto supone desgarrar. Miles de pequeñas explosiones sangrientas. Vivir sin tocar es el primer círculo de la enfermedad.

La enfermedad es estar solo dentro de la piel.

La enfermedad es una blasfemia. Es fea, deformante. La enfermedad es una marca horrenda, una herida del cuerpo y del alma, una aguja que penetra en mi blanca piel, el

insomnio y la culpabilidad abstracta de no gozar ya de buena salud. El segundo círculo es la ira. El sentimiento de injusticia: soy el único que está enfermo, mientras que la humanidad que me rodea se encuentra bien.

Ya no tengo imaginación. Ni siquiera tengo memoria. Mi yo anterior ya no existe. Este tormento se ha convertido en mi único destino. Todo ocurre ahora. Todo lo que me preocupa, todo lo que pienso ocurre ahora. Un hombre sano tiene mil deseos; uno enfermo, sólo uno. El tercer círculo de la enfermedad es el tiempo.

En la enfermedad no hay pasado, y mucho menos porvenir.

La enfermedad es la realidad desnuda del presente.

Mi clínica bruselense queda a media hora en metro. Me preparo meticulosamente para salir. Armándome de paciencia, me coloco el pequeño mechón de pelo que me queda. Soy un calvo que quiere pasar por hombre mal peinado. Después me pongo unas gruesas gafas de sol. Me miro al espejo: la versión pobre de Elton John.

No hay nada más visible que lo que debemos ocultar.

Y, casualmente, nunca he tenido una frente tan despejada.

Es así, concluyo: en la vida no existen las coincidencias.

Con todo y con eso, no puedo evitar hacerme unas cuantas preguntas metafísicas: ¿dónde ha ido a parar el pelo de mi juventud?, ¿dónde termina la frente y dónde empieza la calvicie?, ¿anuncia la caída del pelo la caída de la cabeza?, ¿o se trata de dos procesos diferenciados?

Después me aplico una ligera capa de base de maquillaje. He elegido un tono claro, que hace más joven. El resultado

es decepcionante. Aún se me ven los granos. Algunos de ellos sangran. Parezco salido del teatro japonés *nō*. Una máscara vacía. Algunas cosas pueden ocultarse, pienso. Otras, no. Como la enfermedad, la tos, la pobreza, el amor...

Cojo un pantalón estrecho negro. Me queda de maravilla. Pero ¿quién se va a fijar en que el pantalón me queda bien con esta cara? Por culpa de la enfermedad padezco también problemas sociales. Vivimos en una sociedad que no acepta la vejez, la deformidad, las erupciones cutáneas, la obesidad, la locura. Y, para colmo de males, es verano. En verano, todo el mundo está bien de salud y está guapo, musculoso y delgado. Si nos creemos la propaganda estadounidense.

Si no, basta con echar un vistazo para ver que Occidente se ahoga en su propia grasa. Tres cuartos de la población mundial no tienen nada que comer. El cuarto restante tiene miedo de comer.

Para terminar, escojo mi mejor camiseta. La negra de pico, que me estiliza la figura. El espejo se muestra inmisericorde: una cabeza de águila sobre un cuerpo de koala, el cuello encorvado de Quasimodo y los largos y delgados brazos de una muñeca de trapo. Sé que tengo la sangre demasiado dulce y espesa. Y que hay sustancias grasas circulando alrededor de mi corazón. Pero me siento lúcido. Está claro que mi nueva religión tiene algo que ver con el asunto. Soy hindú. Un hindú europeo, todavía un poco nervioso y colérico. Pero creíble. Creo que hace falta más de un dios para crear la vida y la muerte, todos los secretos y todas las maravillas de este mundo. No sé cuántos, algunos millares, digamos. Un dios para cada célula, cada hoja, cada molécula de agua y de piedra... Y, como sólo como herbívoros, me considero vegetariano por poder.

Vuelvo a la mesa e intento esbozar mi propia biografía. Amontono desperdicios a mi alrededor. Plástico, metal, madera lacada. Acero, aluminio y su majestad el cemento. Estoy enjaulado. Una hormiga vacilante. ¿He de escribir un inventario o un testamento?

Tengo cincuenta y siete años. Algunas personas creen que soy escritor. A la mayoría le resulta indiferente. Observo en el espejo lo que queda del niño que fui. Barba y cabello gris. Barba y ojeras. Una cicatriz pequeña en la nariz. Los hombros ligeramente hundidos y un torso que se transforma de modo natural en una buena panza de carnívoro.

¿Cuál es el secreto de todo esto? ¿Quién nos engaña? ¿Por qué todo tiene que acabar siempre así?

Nadie consigue aceptar la traición de su propio cuerpo. Cierro los ojos y llamo a ese niño, al pequeño Velibor, invoco los sabores y los olores, el aire y el cerezo encorvado bajo los frutos, jugosos y rojos, del verano. Invoco la ligereza del cuerpo y el agua fría, los días felices que aún están en algún sitio porque una vez existieron. Invoco el domingo y las vacaciones de verano. Invoco mis rodillas ensangrentadas tras la caída, a mis buenos vecinos y Yugoslavia. Apelo a nuestros campos y a nuestro grano. A nuestra buena, nuestra hermosa, nuestra triste estrella del sur. Al olor de la tierra mojada, de la mermelada de ciruelas. Imploro como en un mantra estúpido. Mi infancia y mi juventud.

Intento recordar a mujeres. A Milena. Guapa y sexi como los años ochenta. Ella también abandonó nuestro país para siempre. Un poco después, Laure y Barbara, Enka y algunas más. Pienso en el sitio adonde van a parar los amores muertos. Imagino nuestras trayectorias vitales como una especie

de líneas irregulares que se cruzan, se unen y se alejan. Es conmovedor: somos pequeñas luciérnagas que aparecen, brillan un poco en las tinieblas y desaparecen. Pero todo eso sigue siendo un secreto inexplicable para mí. La gente se conoce, se enamora, pasa tiempo junta y luego desaparece.

Marcharse es casi siempre una pequeña muerte.

Tanto para quien se marcha como para quien se queda.

Sin embargo, la Iglesia les ofrece una opción a las parejas: «Hasta que la muerte nos separe».

Una sugerencia juiciosa. La muerte siempre nos separa.

También pienso en mi exilio, claro. Lleno mis cuadernos con los pensamientos de los grandes hombres del exilio: Victor Hugo, Oscar Wilde, Zweig, Celan... Mis modestas reflexiones sobre el problema no me llevan a ningún sitio. Me siento extranjero en todos lados, pero eso ya me pasaba antes. Digamos que es mi estado normal.

Es inútil. Tras tantos años de exilio, no tengo la menor idea de lo que eso significa. He leído algunos libros sobre el tema, he visto las películas de Tarkovski, pero nada. No puedo sacar nada concreto de ese sentimiento geopolítico llamado *exilio*. Ese estado de ánimo al que yo llamo *presencia y ausencia simultáneos*. O *frío metafísico*, simplemente. No exactamente «ser o no ser», como decía Hamlet. Sino ser y no ser a la vez. De forma conjunta.

Complicado, lo confieso.

Por eso el exilio es uno de los lugares clave de toda literatura.

La proximidad de la muerte me ha convertido en filósofo. Si es que estas preguntas sobre el sentido de la vida y el no

sentido de la muerte pueden considerarse filosofía. Estoy muy satisfecho. He salvado el pellejo gracias a un milagro inexplicable. Sigo en movimiento. Sigo vivo y eso es lo más importante por ahora.

Hasta que se demuestre que hay vida después de la muerte.

Salgo con prudencia. La avenue de Jette está resbaladiza. Camino por la acera arrastrándome como un perro apaleado. El verano belga. Veo unas nubes magníficas y un cielo azul salpicado de estelas de avión. Bajo al metro. Qué poco sorprendente. Dentro están todos los componentes que hacen que el metro sea incómodo: los humanos. Intento ser lo más pequeño posible, una especie de mariposa cerrada. Pero sigo siendo un hombre corpulento y lamentable. Es el segundo año del covid, llevamos todos mascarillas. Me brilla la cabeza bajo la luz artificial. Mi frente luce con orgullo sus heridas. En cuanto me ven, los pasajeros cansados del metro recobran la lucidez. El miedo parpadea en sus ojos y se alejan de mí de forma automática.

Sí, mi enfermedad es desconocida y fea. Estoy solo, sentado. Finjo comprobar algo en el móvil.

El cuarto círculo de la enfermedad no es tan terrible: es tener siempre un asiento libre e ir tan tranquilo en los transportes públicos.

Entro en la clínica. Extraordinaria. Aquí vivimos en una realidad diferente. Mucha gente mayor, gente en silla de ruedas, gente escayolada, gente que camina con una especie de tubos en la nariz. Nadie sueña con la orilla del mar ni con una nueva aventura sexual. A nadie le interesa el cambio climático, las focas bebé o la desaparición de los escorpiones

en México. Todo el mundo va por ahí con el resultado de algún laboratorio o de alguna biopsia mientras se pregunta: ¿por qué yo?, ¿por qué tengo esta enfermedad?

Así pues, aquí mi piel resulta aceptable. Envalentonado, me acerco a un lugar donde pone RECEPCIÓN. Como en las películas. Dos tíos, uno gordo y otro flaco. El bueno y el malo, el inteligente y el tonto.

Estamos en Bélgica: probablemente uno habla francés y el otro flamenco.

Me acerco con prudencia, como si fueran miembros de la academia Goncourt.

–Buenos días –digo–, tengo cita en dermatología.

–Buenos días –responde el gordo–. Menos uno, camino 413.

–¿Menos uno? –pregunto.

–La planta. –Ahora es el flaco el que habla–. La primera planta del sótano es la menos uno. Y dermatología está en el camino marcado con el número 413. El ascensor está a la derecha, de nuevo a la derecha y al final del pasillo a la izquierda.

–Dos veces a la derecha es un círculo completo –observo yo–. Ya estoy donde me están mandando.

El gordo y el flaco suspiran. No son ni las ocho de la mañana. Parece que el día va a ser eterno.

–¿Se puede bajar andando? –pregunto.

–Señor, pero qué pregunta –dice el gordo–. No, está usted en un hospital.

–Muy bien. Gracias.

Camino por los iluminados pasillos de la clínica. Es fantástico. Un ballet perfecto. Las camas, los pacientes y la multitud de gente ociosa, esperando. Para ingresar o salir de la clínica. Encuentro por fin los ascensores. Hay cuatro: A, B,

C, D. En medio de ellos hay una enorme placa grabada que nos ayuda a orientarnos. La estudio. Me siento un poco como el egiptólogo Jean-François Champollion. La primera planta es el camino 100, y eso tiene sentido para mí, pero la primera planta del sótano es el camino 400. Busco dónde están los caminos 200 y 300, pero abandono. Otra lógica. Aquí no necesitamos un conocimiento global de cómo funciona todo. Lo único que tenemos que hacer es encontrar nuestro camino y seguirlo.

Como en la vida real.

Eso sí, la clínica tiene buena iluminación y está limpia, mientras que la vida real, no.

Bajo y me encuentro en un laberinto. Un delta completo de pasillos inabismables. Miro las flechas que deberían ayudarme y camino. De vez en cuando, hay una puerta ante mí. La abro con la esperanza de que detrás se encuentre mi camino, el 413. Pero nada. A veces veo a mujeres en bata blanca y verde claro corriendo hacia algún sitio. Un cirujano serio que se limpia las gafas. Algunos pacientes en camillas, esperando a que los trasladen a otra planta.

Vuelvo a los ascensores, desanimado, perdido. Y, para gran sorpresa mía, advierto que mi camino, el 413, está justo allí. A apenas una decena de pasos.

«El espacio es infinito –pienso–. Es una noticia poco reconfortante para quien busca sus llaves.»

Dos mujeres y un hombre me aguardan en la consulta. Buen comienzo, y también muy buena paridad hombres-mujeres. Me parece que mi estado es demasiado grave para confiárselo a los varones.

Los tres sonríen. Una de las médicas, a todas luces la responsable, me escruta.

«¿Doctrina es el femenino de doctor?», me pregunto como un tonto.

Es tranquila. Mira con dulzura. Boca dolorida. Rostro inflamado. Mi cuero cabelludo, una dolorosa corona que se transforma en corteza de árbol.

Entonces la mujer se sienta. Anota algo.

–Lo escucho –dice.

–Pues nada –le digo–, las llagas aparecieron por primera vez en diciembre. Manchas blancas y punzantes en la lengua. Luego se me hincharon los labios. No podía comer. Tenía la impresión de tener centenares de cuchillas en la boca. Cuatro otorrinos me dieron cuatro tipos de cremas que no me hicieron nada. Los dentistas dijeron: úlceras aftosas. Después, en mayo, apareció el primer grano rojo. En la frente, como los de las indias casadas. Y luego explotó lo demás. Decenas de ampollas en erupción; cuando se van, dejan tras ellas heridas que no cicatrizan. Se me puso la boca enrojecida, como un cráter volcánico.

–De acuerdo –dice ella–. Haremos una biopsia.

–¿Una biopsia? –pregunto–. ¿Lo de los que tienen cáncer?

–Sí, una biopsia –dice ella.

–¿Y eso no tiene otro nombre? ¿Algo en latín? ¿En griego? ¿En flamenco?

Se ríe.

–No, se llama así, *biopsia*.

Tengo miedo. Una cantinela estúpida, la variación de un antiguo anuncio de espaguetis me ronda vagamente la cabeza. Un canto surrealista, sin verdadero sentido.

–La enfermedad, la enfermedad –canturreo–. ¡Y la biopsia, qué bien va!

Estoy tumbado, desnudo, sobre una cama blanca y esterilizada. Por encima de mí hay una mujer joven con un escalpelo en la mano. Examina mis heridas durante unos minutos.

–¡Ahí sí que tiene una buena! –sonríe ella–. A la derecha, cerca del corazón.

Corta con precaución, pero de la herida empieza a manar sangre en abundancia.

Se azora.

–Da igual, señorita –le digo–. no es usted la primera mujer por la que me sangra el corazón.

Realiza la incisión. Profunda, para poder examinar después los tejidos enfermos y los sanos a la vez. Una mascarilla le oculta el rostro. Pelo negro, largo, recogido en un moño. Manos suaves y blancas. Tras la biopsia, me venda la herida. Todo está tranquilo y limpio.

–Gracias –le digo–, aunque no sea usted la primera mujer que detiene la hemorragia de mi corazón.

Ella me lanza una mirada azul, suspira y dice:

–Bueno, ya está.

Salgo del hospital y me paseo por la periferia bruselense. Europa del Norte, feos ladrillos negros, aceras musgosas y gente cansada. Un cortejo interminable de coches. Ante un supermercado, varios toxicómanos intentan sobrevivir a base de heroína de mala calidad. Uno de ellos tiene una herida abierta en la mejilla. Me parece ver su lengua a través de la grieta. Entro en la tienda y cojo una botella de Jack Daniel's y dos puñados de cerezas. Después vago entre el género de las estanterías. Conservas de pescado y de frutas. Parecen transparentes y frías como si fueran de cristal. Manzanas perfectas, col lombarda surrealista.

Carne expuesta, salchichas como largos dedos ensangrentados. Chocolate violeta. Delante de la caja veo mecheros, chicles y ositos de goma.

El viejo que tengo delante tiembla. Le veo una mancha de ketchup o de sangre en el abrigo. ¿Sándwich o hemorroides? Lo miro mientras coloca unos yogures sobre la cinta. Por las orejas le asoman unos pelos grises. En los Balcanes a eso se le llama *flores de cementerio*. Ha sobrevivido. Ha perdido la oportunidad de morir joven. Alcohol, drogas blandas, tabaco, carne, moto, KGB, Stasi, patatas fritas, mayonesa... Nada, él ha sobrevivido y ahora se estremece delante de unos yogures desnatados. La cajera lleva un chaleco rojo y tiene las manos hinchadas. Le veo un grueso lunar en el cuello. Dejo el whisky y las cerezas sobre la cinta. El neón zumba en lo alto como un enjambre de avispa iracundas. En algún lugar, a lo lejos, en unos altavoces invisibles, una orquesta de baile toca vals vieneses. Pago con mi tarjeta Visa.

–*Bedankt* –dice la cajera en su flamenco natal.

–*Neunundneunzig Luftballons* –respondo yo.

Luego salgo y me quedo largo rato inmóvil bajo la lluvia.